

Fray Pedro Simón, cronista de Venezuela

Gustavo Valle

Queriendo los postreros, que van escribiendo, que sus obras sean superiores y se suban (como dicen) sobre los hombros de los primeros

F.P.S

1.

La frente calva y ancha, la ceja levantada con soberbia y más abajo una nariz en gancho que parece oliscar el polvo de los libros. A su espalda, colgado de la pared del fondo, un Cristo de madera no muy grande, y unos gruesos volúmenes que según cuentan eran Aristóteles y Heródotos y Homeros. Metido en su claustro de estudio, el fraile Pedro Simón se resguarda del frío bogotano con un grueso sayo del que podemos adivinar la capucha colgada a la espalda. Simón escribe con una pluma natural color verdusco, mientras lee un libro abierto que sostiene con la mano izquierda. Sobre la mesa hay dos tinteros de madera en los que remoja la punta de su pluma. Ambos son de una sencillez extrema y no emulan los lujosos tinteros bizantinos o los que utilizaban los escribanos de la antigua Roma. Son cuenquitos parecidos a copas chatas en cuyo fondo se adivina el negro líquido inventado por los chinos. A este conjunto se suman dos hojas pergamino color blanco que esperan su turno, ante el cronista. Fray Pedro está sentado frente a una ventana abierta, a juzgar por la luz que ilumina su calva y sus mejillas, lo que hace pensar que el fraile escribe durante las horas en que debiera dedicarse a las tareas del convento. Algunas reprimendas ya ha recibido de sus superiores quienes le han alertado sobre las paredes descascaradas del edificio y la necesidad de una ampliación de la nave central de la capilla. Simón argumenta muchas ocupaciones, la enfermedad de gota que lo aqueja, y se escuda tras el motivo que lo trajo a estas tierras: la docencia.

Dedica día y noche a la redacción de sus *Noticias historiales de la conquista de tierra firme en las Indias Occidentales*. Se trata de una

enorme crónica de más de tres mil folios que relata los hechos de conquista en el Reino de Nueva Granada, conformado por las actuales repúblicas de Colombia y Venezuela. Su proyecto es historiar toda la conquista de tierra firme pero sólo alcanzará a escribir la de Venezuela, y parte de Colombia. Muchos otros ensayaron crónicas de aquellas regiones pero éstas no satisfacen las exigencias del Fraile. Los trabajos de Gonzalo Jiménez de Quesada, Antonio de Herrera y Fray Pedro de Aguado son insuficientes a ojos de Simón. Su tarea es titánica, y para ello emplea todos los recursos que tiene a mano. Todo es útil para componer sus *Noticias*: la teología, la historia, la antropología, los relatos orales, los viajes. Su singularidad como cronista consiste en la creación de una obra tan vasta como ambiciosa. Escrita después de cien años de la llegada de Colón, su crónica penetra el terreno, aún endeble, de la historiografía. Y es que Simón ocupa una bisagra: vive y escribe a caballo entre quienes vivieron la conquista y los que hicieron colonización. Sus relatos corresponden a lo ocurrido cincuenta años atrás. Pedro Simón ¿cronista o historiador?

Había nacido en 1574 en la remota villa manchega de San Lorenzo de la Parrilla, en la provincia de Cuenca, un pueblito situado al sur de la capital, cerca del río Júcar. Pero pronto abandona La Parrilla para ingresar en el convento franciscano de Cartagena, la urbe con más solera de España. Simón queda encantado con Cartagena: le fascina que la tierra que pisa fuera pisada por los fenicios, y rememora la gesta de Aníbal que partió con sus huestes desde aquel puerto hacia la conquista de Italia.

En el convento demuestra estupendas condiciones para el estudio y adora especialmente los *Epigramas* de Marcial, aquel hispano-romano que también vivió en el exilio. Entre sus papeles atesora una cita hecha a la medida de su futura obra colosal: «No es largo y prolijo aquello que no se le puede quitar cosa que no le haga falta».

Está convencido de que los hombres deben hacer cosas dignas de ser escritas; y los escritores, cosas dignas de ser leídas. Su inclinación pindárica lo hace un cultor de la fama, y llega a dudar sobre quién recae más reconocimiento, si sobre el héroe o el escritor: «Y así no sabré yo determinar quien debe más a quien: o los que hacen cosas dignas de memoria a los que se la escriben, o los que las escriben a los que las hicieron».

Se considera un practicante de la historia, y juzga a ésta como la más alta instancia de la escritura. Con Cicerón y Pausani aprende ha

valorarla como «maestra de la vida y mensajera de la antigüedad», epítetos a los que se aferra con la pasión de la fe. A pesar de que Simón disfruta con las lecturas de las tragedias y comedias (lee y ríe con el *Guzmán de Alfarache*), su carácter adusto de cura latinizado, regañón y seco, le obliga a ver estas artes como pasatiempos, muy lejos de la gran tarea de reconstrucción de la verdad. Como muchos otros, ha sido devorado por la mitología grecorromana, y se debate entre los *Comentarios* de San Juan Crisóstomo y la *Bibliotheca* de Diodoro Sículo. Con este último comparte una forma de trabajo: hacer acopio de un sin fin de fuentes, trabajar con multiplicidad de materiales y versionar relatos hasta el límite del plagio.

Pero decir plagio es juzgar el pasado con palabras del presente. Lo que mal podríamos llamar el prototexto de la obra de Simón lo hallamos en la crónica de Fray Pedro de Aguado titulada originalmente *Recopilación historial*, un texto que reúne la historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada, incluyendo Venezuela. Las *Noticias historiales* de Simón encuentran en los relatos de Aguado materia prima, y mantienen con ésta una suerte de *Tour de force*. Una lectura moderna hallaría numerosas intertextualidades e hipertextualidades y architextualidades, y un lector suspicaz lo acusaría de calco. Lo cierto es que Simón canaliza la información sin preocuparle mucho la procedencia: así venga de Aguado o de cualquier otro. Por supuesto, oculta sus fuentes, imita, transcribe, pero siempre agrega, modifica o exagera. Está más cerca del escritor que del típico cronista, y además se enorgullece de escribir sin florituras, pues así pretende acercarse más a la verdad: «...procurando no levantar el estilo tan sobre las nubes, que sea menester baje de ellas quien lo entienda, por ser esto más querer atormentar la historia que dar gusto». Pero no podemos olvidar que el fraile vivió en pleno Siglo de Oro y fue contemporáneo de Góngora, Quevedo y Mateo Alemán. Por ello no es descabellado ver en su estilo algo que podríamos llamar «barroco chato», pues su dicción cuenta con la obsesión de quien pormenoriza detalles y entrevera conceptos a veces confusos.

2.

En 1604, el año en que la famosa supernova de Kepler surca los cielos, y cuando muchos interpretan esto como el fin del mundo, la orden franciscana envía al fraile Pedro Simón a Santa Fe de Bogotá.

Son años en que avanza el proceso educativo en todo el Nuevo Mundo y Bogotá no queda fuera. Dominicos, agustinos y jesuitas fundan escuelas y colegios por todas partes. Desde la metrópolis se ordena a cada municipio de las Indias Occidentales a contar con su propia escuela. La misión del joven fraile, que ya cuenta con treinta años de edad, es de gran importancia. Se trata de echar las bases de los estudios formales y, en consecuencia, poner las primeras piedras para la construcción de la futura universidad. Enseña artes y teología, y sus alumnos son en su mayoría candidatos a religiosos pero también hay criollos laicos. Por «artes» se entiende la enseñanza de la lógica, la física y las matemáticas, pero Simón también deja colar en sus clases su pasión por la historia. En cuanto a la teología, cuenta con un libro fundamental: la *Summa* de Tomás de Aquino.

Pero el viaje es muy largo, y antes de tocar tierra firme la embarcación debe abastecerse en la Isla Margarita, donde la tripulación recoge las rentas producto de la explotación perlífera de la vecina isla de Cubagua. De ahí pasan a Cartagena de Indias y en la travesía, a todo lo largo de la costa venezolana, llegan a sus oídos historias de piratas y saqueos. Por primera vez escucha hablar de Francis Drake, quien asoló Maracaibo, Río Hacha y Santa Marta veinte años atrás. También escucha el relato de la incursión en Caracas del pirata Amyas Preston en 1595, y de aquel mártir quijotesco llamado Andrea de Ledesma que pretendió él solo defender a la ciudad del saqueo inglés.

La Isla Margarita es su primer contacto con el Nuevo Mundo. Allí Simón ve el paisaje desértico de la isla, admira los ostrales perlíferos que ya comienzan a mermar debido a la explotación descontrolada, y tiene su primer acercamiento con los indígenas de la zona, los guaiqueríes, que trabajan para la Corona en la extracción de la perla. Esta navegación a lo largo de la costa de Venezuela queda grabada en sus retinas, y años más tarde volverá a esas regiones para recabar información que sirva a la escritura de sus *Noticias*.

Ya en el convento, Simón destaca como orador y catedrático. Dentro de lo que podemos llamar el «sistema» de enseñanza de aquel entonces, conformado por cuatro niveles: catecismo, primeras letras, colegios universitarios y universidades, a Simón corresponde el tercer nivel, entre la formación secundaria y universitaria. En el colegio San Buenaventura y en el convento de la orden, ambos en Bogotá, Simón pasará casi quince años dedicados al estudio y la docencia.

Pronto se empeña en formar un grupo de alumnos adelantados que puedan hacerse cargo de las clases durante sus ausencias. Al cabo de

unos años ya cuenta con relevo, y también ha sido merecedor de dos cargos de importancia: Guardián del convento de San Francisco en la capital, y visitador de la provincia de Santa Cruz de Caracas, cuya jurisdicción se extiende hasta las islas de Santo Domingo y Puerto Rico. Este cargo le permitirá hacer viajes de reconocimiento a esas regiones, que serán de gran utilidad para su crónica.

En 1608, y en compañía del presidente de la Real Audiencia y Caballero de la Orden de Santiago, don Juan de Borja, Simón parte hacia la que sería su primera andanza americana: la guerra contra los indios pijaos. Se trata una campaña bélica impulsada por la corona española que permitirá la unión de los territorios centrales y occidentales del Reino de Nueva Granada.

Simón se hace cronista a partir de este momento. Forma parte de la comitiva en su rol de autoridad eclesiástica: durante el día da misa, aplica los óleos a los soldados agónicos, y en las noches escribe su diario de campaña a la luz de una vela. Su cuaderno de notas lo llena con anécdotas, toponímicos, palabras indígenas y numerosos relatos de soldados. Sus ojos ven en el paisaje colombiano lo que leyó en Homero, en Virgilio, pues es testigo de enfrentamientos, de luchas cuerpo a cuerpo que despiertan su admiración. Ha leído a Colón, a Torquemada, a Fray Antonio Medrano, a Fray Pedro de Aguado, y sabe interpretar la guerra contra los indios como una gesta de la Corona española. Si Colón construyó con palabras los primeros paisajes de América, y fundó la utopía de un paraíso perdido que debía recobrase, Simón ve en la campaña contra los indios la conquista de esa utopía. Además, la escritura lo apasiona tanto como los hechos y sabe que «poner y quitar nombres a las cosas denota señorío sobre ellas». Recuerda que Colón quitó Guahananí para poner San Salvador y quitó Caribana para poner La Española. Lo fascina este poder fundador de la palabra tanto como el poder de la espada, y medita sobre el nombre que se le dio al continente descubierto.

A su juicio fue un error emplear el nombre de Vespuccio —a quien considera un don nadie— para nombrar estas tierras, y propone ante el Real y Supremo Consejo de las Indias variantes no menos escandalosas: «Segunda España», «Segunda Castilla». Además debate acerca de las diversas hipótesis que explican la población del Nuevo Mundo antes y después del diluvio, pero se queda con la de origen bíblico, según la cual los pobladores de América descenden de las diez tribus extraviadas de Israel que el Viejo Testamento destina a Arsaret, región nunca habitada